EL TEATRO COMO CENTAURO

La doble naturaleza del teatro —todos lo sabemos— tiene algo de animal fabuloso. Como una suerte de centauro, participa del espectáculo y de la literatura. Y quienes tratan con centauros saben que en ellos no es posible discernir cuál de las dos naturalezas prevalece, ni por supuesto, disociarlas o reducirlas a una.

En *La invención de la literatura* Florence Dupont ha planteado una hipótesis muy atractiva. Según ella, la poesía en el mundo antiguo formaba parte de la zona caliente de la cultura. Y en nuestra época la literatura se ha quedado en la zona fría. Caliente y frío han sido utilizadas como categorías antropológicas, pero hemos de verlas como instrumentos literarios, que dan cuenta de la conexión con la vida. Una oposición tan sensorial como caliente/frío puede corresponderse con otra antinomia abstracta: la de irracional/racional. En parte es así, pero además recoge la diferencia entre social/individual. Veámoslo en lo concreto: en la zona caliente de la cultura se hallan los acontecimientos deportivos o musicales, con independencia de que los tomemos en sus momentos masivos, o en su percepción individual. La literatura, en cambio, ha ido enfriando sus posibilidades.

¿Y qué sucede con el teatro? Su gran aportación es que es el único género literario que ha mantenido intacto su calor primigenio, sin roturas en su prodigiosa continuidad sostenida. Su fuego se ha transmitido de mano en mano como una llama sagrada a lo largo de los siglos. No le ha hecho falta empezar desde cero en la modernidad, como han tenido que hacer los Juegos Olímpicos. Ya se ve que la metáfora del centauro quizá debiera ser sustuida por el símil de Proteo. La lectura ha sido primordial para esa perduración. Cuando las representaciones fallaban y los anfiteatros eran ruinas, el teatro perduró en los que lo leían y lo escribían. Nunca bajó ni un grado, porque siempre tenía en el horizonte la posibilidad —la potencia, no sólo aristotélica— de volver a rerpresentarse. En ese calor antropológico del teatro caben la fiesta y la embriaguez, por supuesto, pero también el alcance público que tiene hasta la más minoritaria de las representaciónes o la más solitaria de las lecturas, no se olvide. Alcance público significa eficacia social y política, algo en lo que aventaja a los demás géneros literarios desde sus orígenes griegos, porrque lo logró en las cotas más altas de belleza. Así que el teatro también se lee, y además de distinta manera. ¿Cuál puede ser, entonces, la singularidad de ese centauro? Nada menos que su viaje instantáneo de ida y vuelta. El teatro escrito y leído es literatura que no se ha enfriado. Veámoslo en lo muy concreto. Está reciente todavía una película española que lleva el título inmortal de *Lísistrata*. Es una versión libre de la obra de Aristófanes, con su planteamiento esencial, de rebelión de las mujeres y apología de eros contra la guerra. Todo de una absoluta actualidad, incluido el humor. Los pasos que ha recorrido el texto de Aristófanes han tenido que ver mucho con la lectura. Del libro pasó a un cómic de culto. De ahí, al cine, renovando su relación directa con Aristófanes. Es muy posible que pronto veamos en una misma librería, y en estantes no muy alejados, el libro de Aristófanes, el cómic, la película y el libro con el guión cinematográfico. No sé si este viaje —no tan distinto de los medios clásicos de transmisión de un texto— da idea de lo fundamental que es leer teatro y de lo versátil que este se muestra para propagarse por las zonas vivas de la cultura.

Ya en Roma comprobaron esto quienes leían en soledad a Terencio. Sigue sucediendo con la lectura que hacemos de los dramaturgos grecorromanos: basta con abrir un ejemplar impreso de *Antígona* para que el lector constate un fuego antiguo. Antes o después, las lecturas de las tragedias de Séneca, de La Celestina, de Don Álvaro. Cocteau o Sartre.

Y si hay que particularizar una atracción, que sea Shakespeare, en dos momentos. De la adolescencia me queda el recuerdo de lecturas fulgurantes de su teatro, en la traducción de Astrana Marín, cuyas líneas unas veces cegaban y otras resultaban extrañamente graves, casi pesadas, como joyas bárbaras muy difíciles de calibrar. De este verano es la lectura de *Cimbelino,* en la versión de Javier García Montes, cuyo lenguaje muestra una serenidad y un encanto difíciles de describir. Las sorpresas y maravillas de este drama romántico dejan sin fuerzas al rey Cimbelino. También a sus espectadores. Y, añado yo, a sus lectores, que lo recorren como aventureros. Los personajes de *Cimbelino* se pasan el tiempo durmiendo y despertando, muriendo y resucitando. Igual que en la vida, pero con más intensidad. ¿No es eso una lectura inolvidable?■

Juan Antonio González Iglesias
Universidad de Salamanca